

# ESCUELAS DE RAQUETISTAS

EL frontón Madrid es el único en Madrid donde se juega a la pelota en la especialidad de raqueta. El frontón presta su cancha durante las mañanas a muchas jóvenes que acuden para aprender esta modalidad deportiva. Cuando se hallan en condiciones de juego y edad para pasar al profesionalismo el paso es bien corto; de los adiestramientos matutinos a los partidos oficiales de tarde y noche.

Un frontón vacío es cosa muy distinta de cuando en él se celebran partidos normales. Faltan muchas cosas para que uno se encuentre allí normalmente. Es quizá hasta algo triste. Falta el calor del público. Sus opiniones y discusiones. Faltan las voces animadoras de los corredores. Faltan las luces que iluminan la cancha. Falta el movimiento del marcador y sus alternativas con la emoción del partido y la incógnita de la victoria final. Y faltan todas esas cosas que arrastra este fantástico deporte. Es como el color y la alegría de un teatro en noche de estreno, a los ensayos preliminares a la representación con las butacas desiertas. En el frontón vacío el golpe que produce la pelota en su choque con el frontis se clava con insistencia en los oídos una y otra vez...

De todas las jóvenes que estaban ensayando en esta mañana nos llamó la atención una: Rosa Mari López. Su corta edad, pues sólo cuenta doce años, la hace ser la más joven de todas estas alumnas. La pequeña, pese a sus pocos años, le pega muy bien a la pelota y posee un exquisito estilo.

Dice que ella cree que se le da bien esto de la pelota. Tiene mucha afición, y su madre —Sara— fue en tiempos pelotari. Le gustaría parecerse, ¡cómo no!, a Chiquita, que, según ella, juega muy bien, pese a que no la ha visto nada más que en entrenamientos. No puede verla en partidos oficiales porque no la dejan entrar, dice la niña con cierta tristeza.

Chiquita de Anoeta es una mujer amable, simpática, sencilla y de excelente textura física. Tras cambiar su vestimenta de calle por la de pelotari, sale a la cancha y posa para el fotógrafo durante buen rato en diversas fases de la exhibición que realizó. Juega con delicadeza. Sin hacer ningún daño a la pelota. Pone gran cuidado de que la pelota no vaya al fotógrafo, que lo tiene muy cerca. Pero su habilidad es colosal y no hay ningún miedo. Terminada la sesión la Anoeta se marcha camino del vestuario y vuelve pronto para sentarse a nuestro lado en una butaca de cancha y convertirse por un rato en espectadora de quienes están practicando en la cancha. ¡Cuántos grandes partidos habrán visto jugar miles de aficionados a esta famosa raquetista desde el lugar donde nos hallamos sentados...!

Nadie en la familia de María Antonio Uzcudun —que así se llama verdaderamente— fue pelotari de renombre. Únicamente sus hermanos, pero no de una forma extensiva. Se dedicó a la pelota por auténtica pasión. Cuando salía de casa para ir al colegio siempre llevaba una pelota en el bolsillo para jugar. A mano, a pala, raqueta o lo que fuera. El caso era jugar. Debutó a los catorce años en Salamanca. Por lo tanto, cuenta treinta y uno de edad. Cuando llegamos a lo de los dichos años, María Antonia puntualiza:

—Y conste que no me quito ninguno. Esta es la realidad. Lo que pasa es que llevo tantos años jugando que la gente se cree que tengo muchos más.

Del frontón Tormes, de Salamanca, pasó al Iberia, Barbieri y Madrid, de nuestra capital. También ha jugado en Valencia y Barcelona. De Madrid se marchó a Méjico, donde estuvo año y medio. La capital azteca hubo de abandonarla por cuestiones familiares. Chiquita de Anoeta regresó al frontón Madrid. Nuevamente, la excelente raquetista cruzó el Atlántico y marchó a La Habana. De esto no hace mucho. En aquel entonces gobernaba en la isla de Cuba Fulgencio Batista. La situación política no era muy buena. Distaba mucho de la normalidad. Los cubanos se retraían a salir de casa. La afluencia, por tanto, de espectadores era escasa al frontón. Se cerró. Vuelta de nuevo a España y al frontón Madrid, de donde María Antonia dice que no piensa moverse más.

Chiquita de Anoeta habla de la profesión de raquetista. En el año 1941 ella ganaba mil pesetas al mes. Hoy cobra quinientas por partido.

—Creo que no podemos tener quejas. Yo, particularmente, no tengo ninguna.

—No creo que sea ni haya sido la mejor raquetista que haya habido —continúa—. Yo creo sinceramente que juego bien a la pelota. Pero de esto a decir que soy la mejor hay mucho.

—Por mí estaría jugando toda la vida. Pero esto, naturalmente, no es posible. Creo que me quedan muchos años todavía de pelotari.

En la vida de estas mujeres populares, por una u otra cosa, hay anécdotas curiosas, como la que nos contó esta raquetista:

—En el año 1945 fui cedida por el Madrid al frontón Palas, de Barcelona. Allí no había costumbre de pagar entrada. Era gratis. Pero el día que yo debuté pusieron un precio de peseta por entrada. Las pelotaris teníamos que entrar por la misma puerta que el público. Cuando aquella noche fui a entrar el portero me dijo:

—Por favor, señorita, la entrada.

—Yo no tengo entrada.

—Lo siento, pero todo el mundo tiene que sacar lo- calidad hoy.

—¿También Chiquita de Anoeta?

Y el portero, son asombro, franqueó la entrada a la jugadora.

Abandonamos el frontón Madrid y nos dirigimos a la calle. Hoy Chiquita hace su salida de una forma distinta de los demás días. No ha jugado. Por lo tanto, no se enfada ni tampoco contenta de haber logrado una victoria. Un sol espléndido ilumina esta mañana invernal.

(Fotos Henecé.)

Rafael C. MARICHALAR



Chiquita de Anoeta, máxima «estrella» de la raqueta, con varias alumnas de la escuela-frontón Madrid



La profesora enseña la manera de coger la raqueta



La raquetista muestra su estilo en esta instantánea